

SAN JOSE, COSTA RICA

15 Julio de 1912

Año II



Núm. 37

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCO, Editor.

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

- El derecho a la salud.-II Generalidad Sociológica..... *Anselmo Lorenzo*
- Historia de las ideas morales. *Paul Gille*
- La Revolución..... *Eliseo Reclus*
- La usura..... *Francisco Pi y Margall*
- Diálogo acerca del escepticismo..... *R. Mella*
- Mentiras sociales..... *Max Nordau*
- Por la libertad del niño *Sebastián Faura*
- Las luchas de nuestros días. *M. Ciges Aparicio*
- De todo y de todos..... *E. J. R.*

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA

Imprenta Aisina

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

Acusando recibo

En las montañas de Africa, por Emilio Salgari. — Esta nueva obra del autor italiano Emilio Salgari, puede decirse que es de palpitante actualidad, después de los acontecimientos que vienen sucediéndose en Marruecos, relacionados muy íntimamente con el dominio apetecido por los franceses en Mogreb.

Esta importante narración se desarrolla en la Argelia francesa y parte todo su emocionante desarrollo del «bled», que así se llama el sitio destinado a acoger a los alistados en la legión extranjera, que en un momento de exaltación, producido sin duda por la férrea disciplina o el clima abrasador, se han insubordinado contra sus superiores.

La acción de la obra es tan sugestiva y emocionante, que el libro termina sin que el lector se aperciba de que las horas transcurren y la amena narración toca a su término. La traducción es hecha por el malogrado escritor marqués de Castelferrato.

Es esta la última obra de Salgari que la Casa Maucci de Barcelona publica por cuadernos, a petición de muchos lectores que desean leer de un tirón las obras de tan importante escritor. Así, en lo sucesivo, se publicará un tomo de Salgari cada quince días. — Precio: **Dos colones.**

La enfermedad de Centro America por Salvador Mendieta. Casa editorial Maucci. — Barcelona. — Este libro escrito en días de persecución y entre las ansiedades del destierro o las paredes de la prisión, constituye un estudio de la situación social y política de las repúblicas centroamericanas en la época contemporánea.

Para formarse una idea de la amarga ironía que se desprende del libro de este buen patriota, basta mirar la cubierta del tomo, donde campea un tarjetón con el nombre del autor y este doloroso subtítulo:

«Extranjero pernicioso de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, y últimamente de Honduras. Expresidiario de estos últimos Estados».

Este emblema de persecución política dice en honor de Mendieta cuanto las páginas del libro vienen a confirmar.

Precio: **Cuatro reales.**

Adoptado

Acusamos recibo a **La Saeta**, semanario satírico con caricaturas cuyo primer número llegó a nuestra mesa de redacción.

Trae material variado y excelentes caricaturas.

Deseamos larga y próspera vida a tan interesante revista.

San José, Costa Rica

15 Julio de 1912

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 37

El derecho a la salud

II

Generalidad Sociológica

La sociología, ciencia de los fenómenos sociales, encaminada a la perfección de la vida de la humanidad, necesita del concurso directo de otras ciencias y del indirecto de todas en general por el encadenamiento lógico y natural de los conocimientos.

Una de las primeras en ese concierto científico, racional, es la medicina, dedicada a la conservación y restablecimiento de la salud, por su conocimiento especial de la higiene y de la terapéutica, y en tal concepto la Sociedad, en su metodización de las facultades colectivas en atención de las necesidades sociales, confía, ha de confiar necesariamente, al cuerpo médico, por su legítima competencia, el cuidado de la salud pública.

La entidad médica cumple su cometido, si no a la altura de la perfección a que es dado aspirar, a la medida que permite el estado presente de nuestro progreso social, extendiéndole admirablemente con los brillantes rasgos del genio y con los generosos impulsos del altruismo: por la prensa llegan constantemente a nuestra noticia los grandes triunfos obtenidos contra la enfermedad por el empeño científico de sabios eminentes y por el heroísmo profesional y benéfico en los grandes focos infecciosos, en los desastres guerreros, en los hospitales y en el hogar del pobre.

Dentro de la más estricta equidad

parece que no pudiera pedirse más. Si las relaciones humanas no hubieran de salir de los límites del mutualismo; si la actividad individual hubiera de justipreciarse por unidades monetarias; si «el tanto más cuanto» no hubiera de exceder nunca del criterio de «a cada uno según sus obras», y no fuera una necesidad imperiosa a la vez que un deber ineludible de conciencia entrar resuelta y ampliamente en el criterio opuesto de «a cada uno según sus necesidades,» y esto no ya por sentimiento caritativo sino por estricta justicia social, podríamos considerar intachable, por ejemplo, la conducta del médico que, llamado a curar a un enfermo, pone a disposición de su cliente todos los recursos de su saber, y se retira tranquilo cuando le da el alta y ha cobrado sus honorarios: a un servicio su correspondiente paga, y en paz. Pues no: el mutualismo, considerado generalmente como el fiel que marca la equidad entre el egoísmo y el altruismo, es esencialmente deficiente y ha de correrse del lado altruista siempre que sea necesario contrarrestar la influencia del egoísmo. Sin ese exceso generoso que no se cuenta, que no está sujeto a tarifa, que sólo por excepción se paga alguna vez y casi siempre en fama póstuma, y en ocasiones tras un horrible crimen como el que llevó a la hoguera al ilustre médico Miguel Servet, ni habría

progreso, ni sociedad, ni tal vez humanidad.

Porque ha de considerarse, rindiendo homenaje a la más pura y estricta justicia, que el médico que asistió y curó a un enfermo no posee una ciencia completamente suya: si paga una patente, si pagó todos los derechos universitarios, si se sometió a todos los trámites que le autorizan para ejercer su profesión, no creó su ciencia. Por circunstancias que le favorecieron y que a muchos les son contrarias, la tomó del tesoro científico de la humanidad, formado por la observación, el estudio, el trabajo, la metodización y la conservación de los conocimientos de todos los países y de todos los tiempos, a que todos sin excepción tenemos derecho, como miembros sociales, como verdaderos socios de la sociedad humana, aunque sólo se concedan a los que tienen acceso privilegiado a la Universidad, escuela cuyo nombre, aunque no su práctica actual, indica la grandiosa generalización de su origen y de su objeto, que es y ha de ser la difusión universal del saber. Por consecuencia, el médico de mi ejemplo ha de considerar la enfermedad, de procedencia interior o exterior, padecida por su cliente, como un mal que ha de evitar para sí, para los que ama y para el cuerpo social que le ha dado aptitud y capacidad para evitarle y destruirle, y en tal concepto ha de conocer o a lo menos ha de estudiar las causas próximas y remotas que le producen, ha de trabajar para su extinción y simultáneamente para destruir sus efectos mientras existan. El ideal particular de todo médico y de

toda entidad médica ha de ser, no sólo curar todos los enfermos, sino que todos se mueran de viejos. Y si se piensa como consecuencia que así los médicos se morirían de hambre, reformen la sociedad que tal injusticia hace verosímil. Nunca mejor ocasión que la presente, por dirigirme a personas de gran cultura, para encajar un pensamiento recogido en una de mis lecturas: «si la sociedad en que vives es injusta, no exhales vanos lamentos; ahí estás tú para reformarla». He ahí justificada la indicación que antes hice respecto al sindicato médico: como trabajadores científicos, como reformadores pueden tener un puesto de honor en la Confederación del Trabajo.

A la humanidad, a la sociedad, manifestación positiva de su existencia, debe todo ser humano su poder y su capacidad productora, puesto que de ella recibe los elementos necesarios, inaccesibles al exclusivo e individual esfuerzo, para desarrollar y completar eficazmente su aptitud, y en esa natural y espontánea donación halla su legítima y suficiente recompensa.

Ya sé que este criterio no se halla tan generalizado como a mi entender debiera estarlo; pero me basta saber que existe una asociación denominada Instituto Médico Social, en que le veo reflejado, para considerarlo como dato importantísimo de acción progresiva contra todas las fuerzas estacionarias o regresivas que se opusieran a su marcha: una luz, por débil que sea, basta para romper en determinado recinto la densidad de obscura y negra masa de tinieblas.

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

IV

Hemos determinado, pues, el origen, la naturaleza y el valor de la moral. Su *origen* no es divino ni metafísico, es *natural, fisiológico y social*; su *naturaleza* es *psicológica*; su *valor* es el de una idea fuerza, de una

«psicosis» de primera importancia, de importancia mayor, que es el alma *efectiva* del mundo social.

Paja del *por qué metafísico*, de las consideraciones *in abstracto*, de las ratiocinaciones puras. «Toda teoría—

dice Goethe—no es más que polvo, en tanto que es un árbol frondoso el que ostenta los frutos de la vida. El pobre diablo que se alimenta de metafísica es como un animal en un páramo estéril. Un espíritu maligno le hace girar en un círculo infranqueable, en tanto que a su rededor se extienden bellos y grasos pastos».

Hacemos constar la existencia de la moral, de las ideas y de los sentimientos morales. Hallamos que ésta es su genealogía, su génesis *orgánico*, su historia natural. El sentimiento moral existe, es un hecho. ¿Cómo ha nacido? Ha nacido de las relaciones sociales que los hombres, *fisiológicamente*, han debido establecer entre sí.

«Errantes en los bosques y a la orilla de los ríos—dice Volney,—persiguiendo a las fieras y a los peces, los primeros humanos, cazadores y pescadores, rodeados de peligros, asaltados por los enemigos, atormentados por el hambre, por los reptiles y por los carnívoros feroces, sintieron su debilidad individual, e impulsados por una necesidad común de seguridad y un sentimiento recíproco de los males, unieron sus medios y sus fuerzas; y cuando uno se halló en peligro, muchos le ayudaron y le socorrieron; cuando uno careció de subsistencia, otro partió con él su presa: de ese modo los hombres se asociaron para asegurar su existencia, para aumentar sus facultades, para proteger sus goces; el amor propio fué el principio de la sociedad».

Esa es sin duda la racionalización exagerada. A su salida de la animalidad, el hombre primitivo no pensaba tanto sobre las ventajas del contrato social como los hombres del siglo XVIII; pero es cierto que la moralidad no tiene más origen que los primeros embriones de sociedad, debidos a las fatalidades fisiológicas y a las necesidades de la lucha por la subsistencia. El instinto sexual, en efecto, ha dado nacimiento a las asociaciones de reproducción, puntos de partida de las sociedades propiamente dichas, generadoras del hecho moral, en cuanto

obligan, en la medida de su acción, al egoísmo personal a retenerse en los límites del egoísmo ajeno, también restringido, en atención a que, como muy bien lo ha dicho Lange, ilustre autor de la *Historia del materialismo*, las relaciones continuas entre individuos no pueden desarrollarse sino cuando el egoísmo brutal ha sido dominado. En tal estado sucede que la sociabilidad nace, se desarrolla, que la simpatía se manifiesta, que el altruismo hace su entrada en el grupo organizado.

Y la moral, consecuencia necesaria de la asociación, se desarrolla como ésta en función del progreso de las especies y de las razas, lo que está fuera de duda, todos los naturalistas contemporáneos lo han probado.

Podríase, en consecuencia, fijar el grado y la categoría de una especie o de una raza en la animalidad, y de una sociedad o de un individuo en la especie, según la suma de moral que poseen esta especie, esta raza, esta sociedad y este individuo.

Todo ser tiene, pues, un gran interés en desarrollar el sentido moral en sí y en su raza. No se puede negar esta rigurosa consecuencia de los hechos y de las leyes biológicas, a menos de admitir que sea indiferente para un individuo pertenecer a la baja animalidad o a una raza civilizada.

Esforcémonos por desarrollarnos moralmente, lo mismo que el medio social a que pertenecemos; ningún otro fin merece más empeño, porque el resultado será de tan alto valor, que sin las afirmaciones positivas de la ciencia, podría creerse quimérico o sobrenatural.

Practiquemos el culto y la cultura de la fuerza moral, de las fuerzas morales. El culto del derecho, de la justicia, el amor ardiente de la humanidad, el sacrificio por sus semejantes, el entusiasmo del bien no son palabras vacías, como se ha osado escribirlo; son *fuerzas activas*; la Revolución francesa les debió en parte su victoria sobre la reacción europea.

Se trata de otra cosa muy impor-

tante en la hora presente: se trata de terminar la gran obra de la integración humana y de la armonización definitiva del mundo terrestre. «La edad de oro del género humano—dice Saint-Simón—no está detrás de nosotros, está delante; consiste en la perfección del orden social; nuestros padres no la han visto, nuestros hijos llegarán a ella un día; a nosotros corresponde trazar el camino».

Y llegaremos, *integrando en nosotros la humanidad*, cultivando, desarrollando completamente nuestra naturaleza, elevándonos moralmente, educándonos respecto de todo lo que constituye la nobleza, la grandeza y la dignidad de la vida.

Tal es la misión de la moral—misión mayor y cardinal—de guiar nuestra acción, sobre nosotros mismos y sobre el mundo, de servirnos de brújula, recordándonos incesantemente la verdad de este aforismo altapero y luminoso de Jacoby, de que la aberración nietzscheana no es sino una desviación mal equilibrada: «Los hombres descienden de los animales y están destinados a convertirse en dioses»; pero añadiremos por nuestra parte: Dioses benévolos, generosos y piadosos, dioses clementes y *humanos*, cerca de los cuales el Übermensch de Nietzsche aparezca como un bárbaro embriagado.

PAUL GILLE

La Revolución

La idea del ternario sagrado: Libertad, Igualdad, Fraternidad, se perdió pronto en los campos arrasados y en las ciudades tomadas por asalto.

Juzgamos utilísimas las siguientes consideraciones, y oportunas, además, para aplicarlas a la fecha del 14 de Julio. Con ellas tienen base nuestros lectores para reflexionar sobre la esencia y el ideal de la Revolución.

El conjunto de los acontecimientos que ocurrieron en Francia al final del siglo XVIII y que recibió por antonomasia el nombre de «Revolución francesa», no podía elevar a plena realización más que las ideas completamente maduras. El ideal no se convierte en obras sino después de haberse hecho consciente, después de haber sido ardentemente querido, preparado, comprado por el sacrificio de numerosas víctimas voluntarias. Esto sentado, en ese mundo de sentimientos, de pensamientos y de imaginaciones que se agitó durante el siglo de la Enciclopedia, ¿cuál fué la dominante que se desprendió y tomó un carácter imperioso sin dejar subsistente la menor duda? Esta idea dominante está resumida en el famoso folleto de Sieyes

El Tercer Estado, el «tercero», es decir, la burguesía, que es todo y, sin embargo, era considerada como nada. Hasta por definición, el Tercer Estado debía ser, aparte de la nobleza y del clero, el conjunto de la nación, lo mismo el pueblo de los campesinos y de los obreros, que las gentes instruidas o ricas que sólo difieren de los nobles por la falta de un árbol genealógico en sus archivos de familia. Pero los que reivindicaron sus derechos de hombres, los que se llamaron con insistencia los iguales de los nobles y de los curas, fueron los burgueses propiamente dichos, los que constituyen la clase de los propietarios, de los jefes de industria y de los letrados.

No hay duda que la lamentable población de los pobres, los campesinos esquilmados por el impuesto y la gabela, los viejos que se arrastraban inclinados sobre el surco, los infelices demacrados en quienes el polvo mezclado con el sudor formaba concha, y que en tiempo de escasez comían pan de cortezas de árboles, todos esos

miseros y hambrientos hubieran deseado que cambiara su situación si de ello hubieran tenido la menor esperanza; mas para ellos, como para el mujik ruso, «iel cielo estaba demasiado alto!» El ideal del siglo XVIII que realizó la Revolución francesa está bien caracterizado por *Les Brigands*, de Schiller, drama representado por primera vez en 1782. Aquellos «bandidos» son burgueses enamorados de la justicia que endereza los entuertos de los señores, del juez, del propietario; pero entre aquellos rebeldes sublevados por la iniquidad del siglo, no hay un solo obrero ni un campesino: Schiller no se había dado cuenta de que aquellos eran también, como los burgueses y los hijos de burgués, seres odiosamente explotados; si se quejaban nadie oía sus quejas.

De ese modo, la emancipación política de la parte del Tercer Estado que constituía la burguesía, ya querida, reivindicada por la gran mayoría de los interesados, era inevitable: a este respecto, la revolución no tenía más que confirmar lo que la evolución de las inteligencias y de los intereses había realizado de una manera definitiva. ¿Pero eran republicanos aquellos burgueses que querían el reconocimiento de sus derechos adquiridos y había de coincidir su triunfo con el de una forma política igualitaria? De ningún modo. Así como las colonias americanas, desprendiéndose de Inglaterra, se creían todavía fieles, leales y manifestaban con perfecta sinceridad su adhesión a la madre patria, así también Francia, al lanzarse a la gran aventura de rebeldía que había de terminar por la muerte violenta de los soberanos y la proclamación de la República, era con toda franqueza y entusiasmo completamente realista. La multitud no comprendía la existencia de una sociedad que no fuese go-

bernada por un rey, por un amo «bondadoso» o «grande». Aparte de una minoría compuesta casi toda de pensadores pertenecientes a la nobleza y a la alta burguesía, es decir, a las clases que disponían de tiempo suficiente y que podían darse cuenta personalmente de los actos y de la conducta de la corte, la masa de la nación no pedía más que precipitarse servilmente para llorar de emoción al paso de un rey. Durante los años más agitados que precedieron al «Ochenta y nueve» los hombres que después se distinguieron por el ardor con que combatieron los actos de la monarquía y que votaron sin vacilar la muerte de «Luis Capeto», tuvieron indudablemente por primer ideal un reino de grados jerárquicos, donde toda ley y toda gracia hubiera manado de un trono como de una fuente natural. Fué necesario que la impía lógica de los acontecimientos les impulsara y les forzara a hacerse republicanos. El cadalso levantado para el rey y la reina fué un accidente, el efecto de una desavenencia momentánea entre los autores principales del drama político, y cuando la historia adquirió su curso normal, produjo naturalmente la restauración de la monarquía.

Los hombres se despojan muy lentamente de sus preocupaciones hereditarias, y más de un siglo después de la Revolución—con este nombre llamada como si hubiera derribado todo—se observa ampliamente en Francia que el antiguo fondo monárquico subsiste todavía; la mayor parte de los supuestos ciudadanos no tienen la audacia de serlo; piden amos que piensen y obren por ellos. Si el antiguo reino no se ha reconstituido, débese a que los candidatos de la dominación, comprendiendo en su número los tribunos del pueblo, son numerosos y se hacen guerra mutuamente. Y si se

Dedicaremos nuestro próximo número a la exposición de las ideas del profesor González Rucavado acerca del Poder Docente o Universidad Nacional.

ha conservado la marca de la monarquía, otro tanto sucede con la de la Iglesia. Francia ha permanecido católica lo mismo que monárquica, y si bien no acepta ya los dogmas, continúa prendada de la autoridad, acata los actos de fuerza y acepta las opiniones hechas que le ofrecen los «pastores de los pueblos». Acerca de este punto la nación no cambia, o por mejor

decir, se modifica muy lentamente por el desplazamiento del centro de gravedad de las altas clases hacia la clase media, de la nobleza y del clero hacia la burguesía, cada vez más numerosa y consciente de su inteligencia y de su fuerza.

ELISEO RECLUS

(De *El Hombre y la Tierra*).

La usura

Hace ya tiempo que se clama contra la usura. Ha levantado contra ella la voz el mismo León XIII, presentándola como uno de los más poderosos motivos del malestar en que las sociedades viven. Principalmente por usureros se ataca hoy a los judíos y se los quiere desterrar de ciertas naciones de Europa. Los judíos, se ha dicho hace ya muchos años, son los verdaderos reyes de la época, porque, merced a sus usuras, han acaparado la riqueza y en todas partes dictan leyes al Estado.

¿Se habrá advertido que combatiendo la usura se mina el edificio social por sus cimientos? De los frutos de la usura se alimentan los que no consagran sus fuerzas al trabajo; por la usura aspira el jornalero a salir de su condición y de su clase; sin la usura sería imposible toda aristocracia. De la usura del dinero vive el prestamista, de la usura de la tierra, el propietario. La renta de las fincas arrendadas, el inquilinato, el censo, usuras son en el verdadero sentido de la palabra; el interés que devengan los Montes de Piedad y el que abonan las Cajas de Ahorros, el descuento que cobran los Bancos sobre los valores de comercio, el cupón que paga periódicamente el Estado por los títulos de su Deuda, usuras son también para cuantos conozcan el tecnicismo del derecho. Por todas estas usuras crecen los capitales y llegan en manos de individuos y corporaciones, a un casi increíble desarrollo. A mayores capitales corresponden mayores usuras; se multipli-

can por ellas los capitales en una progresión tan indefinida como rápida. Las usuras que antes se contaban por centenares de pesetas, se las cuenta después por millares, más tarde por millones.

Si se suprimiera la usura, la sociedad toda se quebrantaría. Sería difícil que viviera nadie sin su personal trabajo. Se agotarían aun en manos económicas, las más pingües fortunas, y habría de ser poco menos que imposible reconstituirlas. No cabría allegar nunca los fabulosos caudales que hoy poseen los más afortunados banqueros y ayer poseían el clero y la nobleza. No podría nadie retirar intereses por las sumas que dedicase a más o menos vastas empresas. A nadie sería tampoco lícito reducir, por razón de intereses, el salario del obrero.

No nos proponemos examinar aquí si sería un bien o un mal que esto sucediese. Hoy por hoy nos basta poner de relieve que la extinción de la usura sería la más honda de las revoluciones sociales y realizaría por sí sola los más atrevidos deseos de las clases jornaleras. Por no haberlo visto León XIII, ha podido condenar la usura siguiendo las tradiciones de la Iglesia. De haberlo visto, se habría guardado, a buen seguro, de presentarla como uno de los mayores males que afligen a los pueblos. ¿No ha dicho acaso de una manera explícita que quiere mejorar la suerte de los trabajadores sin que se alteren las bases de la propiedad y la familia?

León XIII ha participado del error

de los que creen que es sólo usura el interés del dinero. Lo es el de todos los capitales, ya consistan en numérico, ya en valores, ya en bienes raíces. El dinero no es más que una de las formas del capital, y sería contradictorio que se considerase usura el interés que por él paga el prestatario y no el que por la tierra paga el colono.

¿Creería también León XIII que sólo merece el nombre de usura el interés excesivo? No nos atrevemos ni a sospecharlo. Si tal hubiera, incurriría en otro error lamentable. *Usura est quidquid sorti accresciti*, decía, con razón, el antiguo derecho de Roma. La usura está, no en la cuantía del interés, sino en el interés mismo: o hay que condenarlo en absoluto, o en absoluto hay que aceptarlo y permitirlo. ¿Qué criterio podría nunca dársenos para que determináramos dónde el exceso empieza? El interés del dinero, como el de todo género de capitales, es de suyo variable, y obedece a la ley general de la oferta y la demanda. El del dinero depende

además de la garantía real o personal del mutuario. ¿Por dónde cabrá nunca sujetarlo a norma y regla? Fijó un tiempo el Estado el del metálico, y no por esto consiguió librar de mayores intereses al que no pudiera garantizar el importe del préstamo con su crédito o bienes. Hoy, no porque sea libre el interés, es más esclavo de la usura el menesteroso.

Nuestro Código civil, no sólo ha declarado libre el interés, sino que también lo ha concedido por los intereses vencidos desde que judicialmente se los reclame. Sus autores han sido, a no dudarlo, fieles a los principios sobre que descansa la organización de nuestras sociedades. Son reprobables por no haber tomado en cuenta las aspiraciones de los pueblos ni haber siquiera preparado la civilización que viene; no lo son, ciñéndonos a la civilización que existe. La sociedad toda tiene por base la usura: o hay que volver de abajo arriba la sociedad, o respetar la base.

F. PI Y MARGALL

Diálogo acerca del escepticismo

—Nada, amigo mío; que las ideas hechas son una verdadera calamidad. Están en la circulación como las patatas, como los zapatos, como las letras de cambio, y parecen indispensables. Ellas son los útiles de las inteligencias mecanicistas. Y claro, no resulta comprensible aquel que no se acomoda a los preconceptos usuales. Es un monedero falso que perturba la circulación.

—Pues a mi me parece que el escéptico no distingue de valores y los acepta todos aunque no crea en su legitimidad. El hombre sin creencias, no digo sin fe, que es ciega, resulta realmente incomprensible y repugna desde luego al buen sentimiento que acierta reputándolo falsario.

—No hablemos del escéptico vulgar, del hombre degradado que tiene del

escepticismo las plumas brillantes y de la corrupción la entraña. No hablemos tampoco del escepticismo de escuela. En el sentido corriente de la palabra, escéptico es el hombre culto cuyos distintivos son un fuerte espíritu de análisis y la rebeldía al encasillamiento intelectual. Las gentes ilustradas, así en las clases pudientes como entre las menesterosas, propenden cada vez más a la duda y tienen el furor de examinarlo todo continua y porfiadamente. Las creencias están en bancarrota.

—Bien, lo que quieras; pero aun así el escepticismo es dañoso porque mata el espíritu de iniciativa y de acción. Hombre sin idea directora es como ciego sin guía. Camina a tientas, vacila y, en fin de cuentas, no sabe nunca si avanza, retrocede o se está quedado. Conoce e ignora a un mismo

tiempo todas las cosas y permanece inactivo, incapaz de decidirse. El escéptico es un aborto.

—Un tantico extremas el argumento. Observa que la distinción entre la fe y la creencia es pura sutileza. Una creencia cualquiera nos pone fuera de la realidad del resto del mundo. Todo lo que no cae dentro de la creencia se tiene por falso y por irreal. El creyente, como el hombre de fe, reputa disparatado cuanto no se ajusta a los cánones de su dogma, o de su idea directora, si lo prefieres. El es el verdadero ciego. Ciertamente tiene una guía. No vé por sus propios ojos sino por los del guía. No puede caminar ni obrar más que en la dirección que se le impone. No puede elegir ni deliberar, aunque se imagine lo contrario. Está irremisiblemente perdido para la libertad. De aquí la razón del escepticismo. Fíjate en la enorme resistencia que las creencias oponen a toda idea nueva, a toda verdad descubierta.

—Barrunto que te hallas en trance de no creer ni en tí mismo. ¿Cómo no te haces cargo de que de todos modos ciegos somos y estamos necesitados de brújula que nos oriente, de algo que nos dirija? La razón, —¿cómo no?— puede darnos la certidumbre y si no, nos dará por lo menos la idealidad. Y la certidumbre o en su defecto la idealidad nos conducirá en el laberinto de la vida, mientras que tu escéptico famoso no haría sino perderse en él. Medita y verás que nuestra limitación física e intelectual, implica esta misma limitación directriz. Es necesario vivir de algo y para algo.

—¡Ay, amigo, cuántas veces nos ha engañado la razón! No es que yo la niegue. Es tanto el instrumento obligado de toda investigación y de toda sabiduría como la única autoridad para el individuo. Fíjate: digo que no es su único guía aunque sea su único rey, su único dios, su único todo. La razón sola, solita, ha engendrado los innumerables errores históricos y contemporáneos. Espero que no creerás en el estupendo milagro de que un puñado de vivos fuese el inventor del

embuste religioso, del embuste político y del embuste económico ni que una piña de sabios tuviese la ocurrencia infeliz de darnos gato por liebre llenando el mundo de atrocidades científicas. Todos en ello pusimos nuestras pecadoras manos. Las razones de los millones de hombres que fueron y que son, elaboraron y elaboran ahora mismo la enmarañada trama de las falsedades en que vivieron y vivimos. La razón distingue muy mal las buenas de las falsas monedas. En busca de aquéllas anda siempre rica de éstas. Debo agregar que precisamente ocurre así por su empeño en darse valores fijos e inmutables y descansar trantranquila de las pícaras y fatigosas investigaciones. Los valores fijos e inmutables son las creencias, las ideas hechas. Creer es más fácil que averiguar. ¡Y es tan cómodo decretar la certidumbre, creerse en posesión de lo absoluto verdadero!

—Largo y metafísico es tu discurso. Propendes, quieras que no, a anular la razón. Si no quieres que la verdad vaya envuelta casi siempre con mil errores, inventa una razón nueva, infinita, absoluta. Ya ves que yo también *metafisiqueo*. Limitados somos, limitada es la razón. Sus esfuerzos por desenmarañar el misterio de todas las cosas, constituyen la historia entera de la humanidad. El futuro se compondrá también del desenvolvimiento triunfante de esfuerzos sucesivos. Y de aquí no hay posibilidad de salir. Poco a poco destruir errores, descubrir verdades. Las ya descubiertas dan el presentimiento de otras nuevas que son nuestros guías. Sin esto caminaríamos a tontas y a locas.

—No quiero, no, anular la razón. Pero no la admito como soberano absoluto. De aquí a la infalibilidad no hay más que un paso. La verdad no reside en ella sino en la naturaleza. Y la naturaleza no sabemos que sea un silogismo. Sabemos que allí está, para nosotros por lo menos, toda la realidad, toda la verdad, toda la ciencia. No sale la realidad de la lógica, sino la lógica de la realidad. La razón

investiga, penetra trabajosamente la naturaleza y se da leyes, ideas. A lo mejor se figura haber creado lo que no ha hecho más que descubrir con mil fatigas, y he aquí a nuestro soberano absoluto dictando reglas hasta al mismísimo Cosmos. Te digo, en verdad, que la razón nos hace muchas veces un flaco servicio. ¿No te parece más de acuerdo con tus propias ideas, que la llamemos al orden reduciéndola a la experiencia y al conocimiento real de las cosas sin perjuicio de que divague todo lo que se le antoje siempre que no nos dé gato por liebre? También puede divagar el escéptico. Acaso divaga más que el creyente. Todos los caminos se abren ante el escéptico. Todos, menos uno, se cierran ante el creyente. Pero el escéptico no se deja dirigir, imponer por ninguna idea, por ninguna creencia. Está siempre a disposición de la verdad próxima. El creyente, no. Tiene que vencer antes la resistencia de las ideas adquiridas.

—Si reduces la razón a la experiencia y a la realidad, matas al genio creador de la humanidad, aniquilas la intuición, acabas con las invenciones maravillosas, con los prodigios imaginativos trocados luego en hermosas realidades. Deja que la razón poetice. Sus desvaríos son con frecuencia su gloria. En la razón misma has de buscar el freno al error. La realidad, harto deleznable tantas veces, es inferior a la razón forjadora de ilusiones que si no son verdades deberían serlo. Déjanos el consuelo de la ficción creadora. Hay que vivir de algo y para algo.

—Eres incorregible idealista. La humanidad está enferma de sentimentalismo. Tú también. Acaso yo y los propios y mayores escépticos. ¡Qué empeño en vivir de quimeras y para quimeras! Puede que sea fatal la vida del ensueño mientras la humanidad nos apremia y nos acorrala. La humanidad ¿no podrá subsistir sin idolillos, sin estatuas, sin genios, sin delirios, sin héroes, sin mártires? Por lo menos que no se haga esclava de ellos

y sea luego lo que quiera. He ahí por qué creo que debemos llamar al orden la razón, demasiado ensoberbecida de su propio valer.

—Convendrás conmigo, por lo menos, en que persiguiendo idealidades es como camina el mundo.

—Sí; convengo en ello. Pero escucha: tú y yo militamos en favor de ideas radicales que arrancan de un mismo tronco; nos hemos dejado encasillar o nos hemos encasillado nosotros mismos, para el caso es igual. ¿Cuántas veces no has sentido el encierro de este encasillado? ¿Cuántas veces no te has visto obligado a desfigurarse, a callar la verdad, tal como se presentaba a tu propia razón? Yo te aseguro, sinceramente, que he sentido el aprieto de esos ataderos y me he declarado rebelde, aun dentro de las más grandes rebeldías. No se es mentalmente libre sino cuando no se obedece a ninguna creencia.

—No lo niego; pero creo que es imposible el estado mental que tan fieramente preconizas.

* * *

El autor interviene y dice:

Aun el más férvido creyente tiene sus horas de vacilación y de duda. ¡Gusta tanto al pensamiento volar libremente!

Aun el mayor escéptico acaricia idealismos tal vez irrealizables. ¡Es tan grata la ilusión de lo bello!

En los extremos opuestos, el creyente más ciego debe esforzarse por abrir bien los ojos y el escéptico más empedernido orear su alma con la brisa del ensueño. Si no lo hace, caerá el primero en el fanatismo, la forma más degradante de la esclavitud intelectual; y el segundo en la corrupción, la forma más abyecta del libertinaje.

Un cerebro libre de prejuicios, mejor libre de todo elemento directriz; y una idealidad sana, dentro de la naturaleza, conciliaría noblemente las distintas tendencias que, en suma, dividen a los hombres.

R. MELLA

investiga, penetra trabajosamente la naturaleza y se da leyes, ideas. A lo mejor se figura haber creado lo que no ha hecho más que descubrir con mil fatigas, y he aquí a nuestro soberano absoluto dictando reglas hasta al mismísimo Cosmos. Te digo, en verdad, que la razón nos hace muchas veces un flaco servicio. ¿No te parece más de acuerdo con tus propias ideas, que la llamemos al orden reduciéndola a la experiencia y al conocimiento real de las cosas sin perjuicio de que divague todo lo que se le antoje siempre que no nos dé gato por liebre? También puede divagar el escéptico. Acaso divaga más que el creyente. Todos los caminos se abren ante el escéptico. Todos, menos uno, se cierran ante el creyente. Pero el escéptico no se deja dirigir, imponer por ninguna idea, por ninguna creencia. Está siempre a disposición de la verdad próxima. El creyente, no. Tiene que vencer antes la resistencia de las ideas adquiridas.

—Si reduces la razón a la experiencia y a la realidad, matas al genio creador de la humanidad, aniquilas la intuición, acabas con las invenciones maravillosas, con los prodigios imaginativos trocados luego en hermosas realidades. Deja que la razón poetice. Sus desvaríos son con frecuencia su gloria. En la razón misma has de buscar el freno al error. La realidad, harto deleznable tantas veces, es inferior a la razón forjadora de ilusiones que si no son verdades deberían serlo. Déjanos el consuelo de la ficción creadora. Hay que vivir de algo y para algo.

—Eres incorregible idealista. La humanidad está enferma de sentimentalismo. Tú también. Acaso yo y los propios y mayores escépticos. ¡Qué empeño en vivir de quimeras y para quimeras! Puede que sea fatal la vida del ensueño mientras la humanidad nos apremia y nos acorrjala. La humanidad ¿no podrá subsistir sin idolillos, sin estatuas, sin genios, sin delirios, sin héroes, sin mártires? Por lo menos que no se haga esclava de ellos

y sea luego lo que quiera. He ahí por qué creo que debemos llamar al orden la razón, demasiado ensoberbecida de su propio valer.

—Convendrás conmigo, por lo menos, en que persiguiendo idealidades es como camina el mundo.

—Sí; convengo en ello. Pero escucha: tú y yo militamos en favor de ideas radicales que arrancan de un mismo tronco; nos hemos dejado encasillar o nos hemos encasillado nosotros mismos, para el caso es igual. ¿Cuántas veces no has sentido el encierro de este encasillado? ¿Cuántas veces no te has visto obligado a desfigurarte, a callar la verdad, tal como se presentaba a tu propia razón? Yo te aseguro, sinceramente, que he sentido el aprieto de esos ataderos y me he declarado y me declaro rebelde, aun dentro de las más grandes rebeldías. No se es mentalmente libre sino cuando no se obedece a ninguna creencia.

—No lo niego; pero creo que es imposible el estado mental que tan fieramente preconizas.

* * *

El autor interviene y dice:

Aun el más férvido creyente tiene sus horas de vacilación y de duda. ¡Gusta tanto al pensamiento volar libremente!

Aun el mayor escéptico acaricia idealismos tal vez irrealizables. ¡Es tan grata la ilusión de lo bello!

En los extremos opuestos, el creyente más ciego debe esforzarse por abrir bien los ojos y el escéptico más empedernido orear su alma con la brisa del ensueño. Si no lo hace, caerá el primero en el fanatismo, la forma más degradante de la esclavitud intelectual; y el segundo en la corrupción, la forma más abyecta del libertinaje.

Un cerebro libre de prejuicios, mejor libre de todo elemento directriz; y una idealidad sana, dentro de la naturaleza, conciliaría noblemente las distintas tendencias que, en suma, dividen a los hombres.

R. MELLA

Mentiras sociales

Al lado de las grandes mentiras, cuántas pequeñas penetran en nuestra vida, envolviéndola toda! Semejantes a partículas corruptibles, esas mentiras llevan en sí la descomposición y la podredumbre; pero no puede ser de otro modo. Si hemos nacido y crecido en la mentira; si hemos estado constantemente rodeados de mentiras; si si debemos de mentir cada vez que abrimos la boca en público o que entramos en relación activa con las instituciones políticas y sociales; si tenemos la costumbre de hablar de un modo y proceder de otro distinto a lo que sentimos y pensamos; a soportar como cosa muy natural la constante contradicción entre nuestras convicciones y las formas exteriores de la vida; ver en la hipocresía una prudencia mundana: ¿cómo podemos conservar un carácter recto, ser sinceros en nuestras relaciones con los otros hombres y verídicos en la vida privada? Se miente en el paseo y en los salones, como se miente en la iglesia, en la reunión electoral, en la oficina del estado civil, en la Bolsa.

Todas las relaciones sociales tienen ese carácter de mentira. Estas relaciones están fundadas sobre la sociabilidad y el instinto de solidaridad del hombre. Han nacido del deseo que tiene éste de rodearse de compañeros de su especie y de evitar el aislamiento como un estado antinatural. Las formas de las relaciones sociales, dejan conocer este origen. Manifiestan el placer que tienen los hombres en encontrarse juntos y su mutua simpatía. Cuando se ve a una persona amiga, se la saluda, es decir, se le expresan deseos de prosperidad; cuando recibimos una visita, nos manifestamos contentos, la comprometemos para que se quede en nuestra casa y la instamos para que vuelva pronto: damos fiesta para ofrecer a nuestros semejantes una ocasión de que gocen placeres variados; organizamos festines para que se diviertan; les hacemos

regalos, y si les acontece algo triste o alegre nos apresuramos a consolarles, o a felicitarles. ¿Hemos estado algún tiempo sin verles? les vamos a visitar para saber de su salud y para preguntarles qué es lo que necesitan. Esta es la significación teórica de las formas empleadas en la sociedad. Pero en el hecho, casi nada, pues el contacto de un hombre con otros es una hipocresía y una mentira. Deseamos los buenos días a uno que pasa, y no nos intranquilizaríamos si supiésemos que al separarse de nosotros se le han roto las piernas; instamos al que nos visita a que vuelva pronto y a su aspecto experimentamos la misma sensación que si tocásemos sin querer una serpiente; organizamos fiestas e invitamos a ellas a personas a quienes despreciamos, a quienes detestamos, de quienes hablamos mal o que en el mejor caso, nos son tan indiferentes, que no seríamos capaces de levantar la mano para proporcionarles un placer, si tan poca cosa nos costara. Vamos a las fiestas de los otros y en necias charlas pasamos horas enteras que mil veces preferiríamos consagrar al sueño; sonreímos con complacencia reprimiendo un bostezo; hacemos cumplimientos de los cuales no creemos una sola palabra; damos gracias a la dueña de la casa por su amable invitación, mientras que en el fondo de nuestro corazón la mandamos al infierno; protestamos al dueño de la casa nuestra constante adhesión y al día siguiente damos orden a nuestro sirviente que le deje en la puerta si viene a exigirnos algún servicio importante. Pagamos visita a personas a quienes odiamos, únicamente porque se la debemos: por la Pascua, o en otras circunstancias, hacemos regalos y echamos pestes porque hemos tenido que hacer ese gasto: frecuentamos en aparente intimidad a personas de quienes pensamos y decimos todo el mal posible, y que sabemos que nos tratan absolutamente del

mismo modo. Por consecuencia de esta falta de sinceridad, la vida social, que en teoría completa la vida individual y aumenta el bienestar de cada uno, se convierte en una fuente constante de tortura: cada vez que nos ponemos en contacto con nuestros semejantes, nos separamos de ellos llenos de fastidio, de disgusto, de envidia, de desprecio, de confusión, de burla, en una palabra, de las impresiones más desagradables y penosas.

Y sin embargo, nos condenamos voluntariamente a esos disgustos, y la mayor parte de los hombres de las clases llamadas superiores, se gastan completamente en vida mundana que saben que no puede proporcionarles ni placeres, ni estimulantes, ni fuerza moral. ¿Qué es lo que les impulsa a representar esta fatigosa e interminable comedia en la cual tienen que sonreír y ser amables con personas que les disgustan? Es el egoísmo que está en el fondo de todas las instituciones actuales. Aquel que quiere conquistar un puesto en la sociedad, corre a las fiestas y a las recepciones, las tertulias y a los saraos de familias, para contraer amistades que aspira a

convertir en protectoras, para conseguir un buen matrimonio, para adquirir gloria, para triunfar con más seguridad y más cómodamente, por las debilidades y defectos de los otros, más bien que por sus propios méritos. Otro que ya ha conquistado una situación, se condena a la fatiga y a los sacrificios pecuniarios para intrigar contra algunos compañeros o simplemente para mortificarles, para dar a los otros alta idea de su riqueza, de su prestigio, de su influencia, para reunir a su alrededor cortesanos, en una palabra, para satisfacer por todos los medios posibles su vanidad. En medio de los hombres, estas gentes de salón no ven sino una sola persona: la suya; en la conversación más animada, mientras parecen oír y prestarse a las ideas de los otros, olvidándose completamente de sí, no piensan sino en ellos mismos, no oyen sino a ellos mismos. Es así como el egoísmo viola las más inocentes relaciones de los hombres entre sí, y que todas las formas sociales creadas por el instinto de la solidaridad se convierten en mentiras.

MAX NORDAU

Por la libertad del niño

No me reconozco el derecho de consagrar de antemano el niño a mis convicciones, que yo no adopté sino en la plenitud de mi independencia y de mi razón. El niño no debe ser el pálido reflejo del hombre; el papel del padre no consiste en sobrevivirse, en perpetuarse, tal cual es, en su descendencia; el educador no debe tender a prolongarse en el educando, a sustituir su juicio al juicio de éste.

No es así como yo concibo el papel de «hermanos mayores» que somos.

Nuestra misión—la más elevada, la más noble, la más fecunda y también la más delicada de todas las misiones—consiste en proyectar en el cerebro obscuro del pequeñuelo las claridades que guían, hacer penetrar en su frágil voluntad las costumbres que vivifican,

hacer que descendan a su corazón los sentimientos que le conduzcan hacia lo que es justo y bueno.

El educador debe ser un ejemplo, un guía y un sostén; ni más, ni menos, si se quiere que el niño sea él mismo, que sus facultades se desarrollen y que, consiguientemente, resulte un ser fuerte, digno y libre.

Cada uno de nosotros estima que sus sentimientos son los más nobles, sus convicciones las más sanas, sus maneras de ver las más justificadas. Y es sin duda por esto por lo que cada uno de nosotros se cree autorizado a emplear todos los medios de que dispone para que el niño comparta y adopte sentimientos, convicciones y manera de ver.

Es una grave equivocación.

Además, estamos todavía poco acostumbrados a reflexionar que el niño no pertenece ni a su padre, ni a su maestro, ni a la iglesia, ni al Estado, sino que se pertenece a sí mismo.

Por añadidura, unos cursos de sindicalismo, de cooperación, de socialis-

mo, de sabotaje, de acción directa, de antimilitarismo o de anarquía, abrumarían al niño tanto como los cursos de instrucción cívica.

SEBASTIÁN FAURE

De Propos d'éducateur.

Las luchas de nuestros días

Ha cesado de llover.

Sentados en un banco, bajo los árboles que todavía gotean, miramos pensativos desgarrarse las nubes y replegarse sobre el verde círculo de montañas que aprisionan al pueblo. Unas descienden por las húmedas vertientes; otras ascienden hasta cobijar temblorosas las cónicas alturas; luego parecen retirarse para que las advenedizas celebren sus solemnes danzas.

Silenciosa y encharcada está la calle. Nadie habla. De tiempo en tiempo, suena el hueco choclar de unos zuecos, y alguna vieja pasa vestida de negro y con los ojos puestos en el suelo. Los nuestros se fijan un momento en ella, y vuelven a contemplar las majestuosas evoluciones de las nubes, mientras en los oídos resuena el monótono golpear de los zuecos, que tristes avanzan calle abajo.

Un rumor rodante y discreto suena a lo lejos. Las cabezas se vuelven con perezosa curiosidad atraídas por el rumor, que cada segundo es más perceptible. Un coche vacío se acerca rápido; pasa chispeándonos el cieno de la calle, y se aleja reluciendo entre los oros del primer sol, que acribilla las deshechas nubes.

Ya se ha alejado buen trecho el vehículo cuando alguien pregunta con pausada entonación:

—¿Dónde irá?

Y otro responde con desabrido gesto:

—¡Eso no se pregunta!...

Sigue un momento de quietud, en que los ojos se distraen con los juegos del sol al romperse en el terso charol de la caja, y cuando ya se ha perdido el coche a lo lejos, el último en hablar me dice:

—Es el coche de la Fábrica... Todas las tardes viene a recogerlos.

—¿A los dueños?...

—No; a los frailes... Puede afirmarse que es de ellos más que de los dueños.

—¿Y dónde los lleva?

—¿Cómo?... ¿Que adónde?... ¡A la Fábrica!... ¡A aconsejar!... ¡A dar órdenes!...

Pasa un rato de mutismo, y otro del grupo sentencia:

—Esos serán andando el tiempo los peores enemigos del pueblo.

Y el anterior lo confirma de este modo:

—¡Oh, sí!... Lo son ya... ¡Cuánto ascendiente han conquistado sólo en un año!... Llegaron pobres...

Una voz interrumpe.

—¡Silencio un momento!... Aquí están...

El coche vuelve más ligero que fué. Dentro vienen dos frailes encarnados y robustos, vestidos de hábitos pardos. Al confrontar, mira distraídamente el que ocupa la izquierda, y al ver un forastero, sus ojos reparan con más atención en el grupo. La curiosidad le tienta, y ya a distancia asoma la cabeza. Alguien murmura un insulto, y su vecino le aconseja respeto.

—¡Gran oficio!—exclama el que antes fué interrumpido—. Llegaron pobres hace pocos meses, y ya están en camino de ser ricos. No hay recuerdo en la comarca de que nadie haya prosperado tanto.

—¿Son piadosos en la Fábrica?—pregunto.

—¡Piadosísimos!—me contesta el mismo haciendo una mueca irónica—. ¡Sobre todo desde la huelga!... Antes no conocíamos aquí a esos señores: con

el desastre obrero van llegando a toda prisa. Los dueños encuentran en ellos sus mejores auxiliares, y les dispensan incondicional protección... ¡Sí; se han hecho muy devotos!...

—¡Hasta el director!—intercala uno —¿Quién lo diría?...

Y el de antes, contrayendo la boca y mostrando los dientes:

—¡Hasta el director!... Y ese sujeto es el mismo que hace algunos meses abominaba de la religión y defendía el librepensamiento... ¡Bah, son todos despreciables!

—¡No; es que hacen su negocio!— me permito insinuar.

—Es verdad; ¡que buena pro les haga!... Así como así, la vida de todos ellos es poco envidiable... Abusando de la inmoralidad, han logrado formar tan fuerte ambiente de corrupción, que ni ellos mismos pueden sustraerse a su influjo. Por eso las desgracias de familia, que en otros inspirarían lástima, tratándose de esa gente se convierten en motivo de regocijo y de picantes chanzas.

—¿Habla por los de la Fábrica?...

—Por todos: por ellos y por su director.

—¿También en éste hay novela íntima?

—Creo que todos los que en este rico pudridero entran están condenados á tenerla: la inmoralidad también es contagiosa.

—¿Y qué es ello?

—Cuestión de amores: una fuga tras un soldado; un arreglo por dinero, y nada más. Entre ellos todo se arregla con el dinero... Con el dinero y con la religión que les absuelve ahora de todas sus culpas...

—¿Y antes no?

—Ya le he dicho que antes no conocíamos a esos frailes, y la Fábrica no se preocupaba en cuestiones políticas ni religiosas; pero necesita auxiliares que la defiendan, y ellos acuden por la paga, convirtiéndose en el más insostenible medio de dominación y tiranía... Los dueños solos no podrían sostener la lucha.

—Pues si han vencido completamente...

—Pero su triunfo no podía ser definitivo. Sus golpes son rudos y aplastan al que alcanzan; pero su actividad persecutoria no podría extenderse a más de treinta mil personas que moran en la vasta comarca. Ni ellos, ni la guardia civil, ni las demás autoridades podrían evitar que los obreros se reorganizasen. Los dueños han vencido en la calle: ahora han de impedir que en la casa se intrigue, y como ellos no pueden pasar de los umbrales, buscan a quien pueda entrar, a esa religión agonizante, cada día más separada de los desvalidos, cada día más amiga de los poderosos. Sus ministros ni siquiera tienen que resolver complejos problemas de la vida ordinaria que les hurten tiempo y diligencia. Su único oficio es hablar, intrigar, acechar los hogares donde pueden rendir almas y obtener beneficios. No los verá en los hospitales consolando a los heridos, ni llevando consuelo a las minas... ¡Oh, no; si en ellas entrasen, es posible que jamás volviesen a ver la luz del día!...

M. CIGES APARICIO

(De *Los vencedores*)

De todo y de todos

Mortalidad de los vendedores de licores.—La *Presse Médicale* (20 Marzo 1912) publica un importantísimo cuadro relativo a la mortalidad profesional comparada, en diversas naciones europeas, extracto de las me-

jores estadísticas demográficas. Particularmente demostrativas son las observaciones hechas en Inglaterra durante los 52 últimos años. De menor valor, pero siempre muy útiles, son los datos suministrados por Francia y

por Suiza. El hecho más significativo que resalta ante todo, de la inspección de dicho cuadro, es la excesiva mortalidad relativa de los taberneros. Y si busca uno luego cuál es la enfermedad que hace el primer papel en dicha mortalidad, encuentra que es la tisis pulmonar. Así, v. gr., en Londres, la mortalidad por tisis de los agricultores es de 79 por 1000, mientras que la de los taberneros llega a 607 por 1000, esto es, casi 8 veces mayor.

Probado estaba que el oficio de vendedor de alcohol es peligroso para los demás, y probado queda ahora que es ante todo peligroso para quien lo ejerce. El expendedor de licores reduce considerablemente el círculo de la propia vida y siembra la desgracia a su derredor.

Las marcas de los dedos.—Según reciente estudio del Dr. Zed (*Les Temps Nouveaux*, 25 Mayo 1912), las marcas digitales no pueden ser tenidas como prueba indiscutible de identidad, puesto que varían continuamente en un mismo individuo, según multitud de circunstancias (ociosidad, género de trabajo, heridas, rasguños, etcétera).—«Sin tener la competencia especial de Mr. Bertillon, cuyas demostraciones fantasistas todos recordamos, en un asunto que ha hecho mucho ruido y con ocasión del cual su sistema fué calificado de ridículo por nuestros sabios más eminentes, puede cualquiera fácilmente convencerse de que aquello que sostenemos es fruto del simple sentido común».

La Revolución Francesa.—Entresacamos algunas conclusiones del libro de Gustavo Le Bon, *Revolución Francesa*, que aparece en estos días (París, libr. Flammarion):

La Revolución Francesa es una mina inagotable de documentos psicológicos. Ningún período de la vida de la humanidad ofrece una serie semejante de experimentos acumulados en tan corto tiempo.

En cada página de ese gran drama, hemos encontrado numerosas aplica-

ciones de los principios expuestos en nuestras diversas obras, sobre el alma transitoria de las multitudes y sobre el alma permanente de los pueblos, sobre la acción de las creencias, sobre el papel de las influencias místicas, afectivas y colectivas, sobre el conflicto de las diversas formas de lógica.

Las asambleas revolucionarias justifican todas las leyes conocidas de la psicología de las multitudes. Impulsivas y temerosas, son dominadas por un pequeño número de capataces y obran las más de las veces en sentido contrario de las voluntades individuales de sus miembros.

La inteligencia ha progresado en el curso de las edades y ha abierto al hombre horizontes maravillosos, mientras el carácter, verdadero fundamento de su alma y seguro motor de sus actividades, no ha cambiado casi. Transformado un momento, reaparece luego el mismo. La naturaleza humana debe, pues, ser aceptada tal cual es.

Los fundadores de la Revolución no se resignaron a ello. Por primera vez, desde los comienzos de la humanidad, intentaron transformar hombres y sociedades en nombre de la razón.

Jamás empresa igual fué acometida con mejores elementos de éxito. Los teóricos que pretendían realizarla tenían entre manos una autoridad superior a la de todos los déspotas.

Y sin embargo, a pesar de tal poder, a pesar del éxito de los ejércitos y de las leyes draconianas y de los golpes de Estado repetidos, la Revolución no hizo más que acumular ruinas y parar en una dictadura.

Tal ensayo no ha sido inútil, puesto que los experimentos son necesarios para instruir a los pueblos. Sin la Revolución hubiera sido difícil probar que la razón pura no basta para cambiar a los hombres y que, por consiguiente, UNA SOCIEDAD NO SE REEDIFICA AL CAPRICHOS DE LOS LEGISLADORES, POR ABSOLUTO QUE SEA SU PODER.

En tiempo normal, las diversas formas de lógicas que nos guían—racional, afectiva, mística y colectiva—se equilibran más o menos. En tiempos de subversión, entran en conflicto y el hombre cambia de personalidad.

* * *

No hemos desconocido en manera alguna, en esta obra, la importancia de ciertas adquisiciones de la Revolución con respecto al derecho de los pueblos. Pero, lo mismo que muchos historiadores, hemos debido admitir que la ganancia recogida al precio de tantas ruinas habría sido obtenida más tarde, sin esfuerzo, por la simple marcha de la civilización. Por un poco de tiempo ganado ¡qué de desastres materiales acumulados! ¡qué desagregación moral de que sufrimos aún! Esas brutales secciones en la cadena de la historia no se reparan sino muy lentamente.

La juventud actual parece preferir la acción al pensamiento. Desdiciendo las estériles disertaciones de los filósofos, halla desprovistas de interés las especulaciones vanas sobre cosas cuya esencia permanece desconocida.

La acción es ciertamente recomendable y de ella derivan todos los grandes progresos, pero no es útil sino después de haber sido convenientemente orientada. Los personajes de la Revolución eran seguramente hombres de acción, y sin embargo las ilusiones que adoptaron por guías los condujeron al desastre.

La acción es siempre nociva cuando, despreciando las realidades, pretende cambiar violentamente el curso de las cosas.

Aunque la experiencia de la Revolución haya sido categórica, muchos espíritus, alucinados por sus ensueños, desean volverla a comenzar.

El socialismo, síntesis actual de esta aspiración, sería una regresión hacia formas de evolución inferiores, porque paralizaría los resortes principales de nuestra actividad. SUSTITUYENDO A LA INICIATIVA Y A LA RESPONSABILIDAD INDIVIDUALES LA

INICIATIVA Y LA RESPONSABILIDAD COLECTIVAS, SE HACE DESCENDER AL HOMBRE MUY ABAJO EN LA ESCALA DE LOS VALORES HUMANOS.

A esta última conclusión de *Le Bon* habíamos llegado ya muchos otros, hace muchos años. Casi con idénticas palabras la hemos expresado varias veces al tratar de los más importantes problemas concernientes a la enseñanza.

El centenario de Dickens.—Los periódicos ingleses declaran que las fiestas del centenario del nacimiento de Dickens aventajan en esplendor a las celebradas hace cuatro años con motivo del 3er. centenario de la muerte de Shakespeare, tan complejo es el problema de la popularidad. Dickens parece ganar, a este respecto, a todos los otros escritores ingleses, según los plebiscitos organizados por diferentes bibliotecarios. Ya ha tomado el lugar de Thackeray (que ocupaba el 3º) y el de Scott (que ocupaba el 2º). ¿Irán también á desbancar a Shakespeare?

Los letrados reconocen la popularidad de Dickens, pero manifiestan algunas reservas acerca de su obra. Leamos sin embargo a Filson Young (*Saturday Review*): «No podemos decir de las páginas de Dickens lo que decimos de las de otros escritores célebres, que el día en que las descubrimos vivirá eternamente en nuestra memoria. No, esas páginas forman parte, hasta cierto punto, de nuestra infancia, de nuestra juventud, y no hay tal vez un inglés de la actual generación que pueda suponer que haya habido un día en que le fueran desconocidas. El mundo de *Pickwick* y de *David Copperfield* nos es tan familiar y natural como los jardines y la veredura, los grandes y viejos caminos, el mar, etc.»

Dickens, el maestro del *humour*, el enemigo declarado de la hipocresía y del egoísmo, no se entretiene en pintar sutilezas de carácter. Él no retrata sino las grandes emociones. Sus personajes son de teatro, enteramente buenos o enteramente malos.

Carlyle reconoció desde el principio

que Dickens era ante todo autor-actor dramático: «Fuí ayer, escribe, a una lectura de Dickens, en Hanover Rooms. Lo hace magistralmente y representa mejor que cualquier Macready del mundo: todo lo trágico, todo lo cómico, todo lo heroico, en una palabra, todo el teatro sale del mismo sombrero. Nos hizo reír—excesivamente según algunos—la noche entera». Léase bien: *un teatro bajo un solo sombrero!*

*
*
*

The Academy nos da la noticia de que a un periódico musical de Londres se le ha ocurrido hacer una averiguación sobre las alusiones a la música contenidas en las obras de Dickens.—El cuestionario comprende 14 preguntas. Por ejemplo: 1. ¿Qué composición debe su origen y su éxito al sentimiento suscitado por la publicación de *Dombey and Son*?⁽¹⁾ Resulta ser el dúo «¿Qué dicen las olas salvajes?», letra de J. E. Carpenter, música de Stephen Glover, publicado hacia 1850.—2. ¿Qué idea tenía Dickens de un músico científico? Se alude al trozo en que, oyendo un señor una frase musical, se pone a marcar el compás golpeando una silla que está al lado: «La extraordinaria satisfacción que sentía tarareando alguna aria lenta y prolongada que no era reconocible, parecía indicar un músico científico».

Dickens mismo fué músico, aunque reprobado como tal en los años de colegio. Poseía, aseguran, muy buen oído, una bella voz y una mímica preciosísima. No le gustaba mucho la música clásica. Prefería la buena música de baile y los cantos nacionales.

Hablando de sus viajes a América, en 1842, declara a Forster: «He comprado otro acordeón. A bordo, el mayordomo me prestó uno y regalé mi música en el salón de las señoras. ¡Usted puede imaginarse con qué sentimiento he ejecutado el *Home, sweet home!* cada noche y la deliciosa melancolía que me procuraba».

La hija mayor de Dickens, hablando de las aptitudes artísticas del padre y de sus relaciones idílicas con los niños, describe escenas de mucho encanto. En las tardes, antes de la hora de acostarse, se apiñaban todos los chiquillos de la casa en torno del Maestro, el cual, sentando en el regazo al más travieso o al más querido, les cantaba un sin fin de canciones casi siempre humorísticas que le hacían reír a él mismo tanto o más que a los tiernos auditores.

Una respuesta

Señor Director de *La Prensa Libre*

P.

Tengo el honor de responder a la pregunta que Ud. se ha servido hacerme.

La idea que ha inspirado el proyecto de *diferenciación orgánica* del Poder Docente, del diputado don Claudio González Rucavado, me parece luminosa y trascendental. Más o menos temprano se impondrá, y su juiciosa realización será un acto de inmenso significado en la marcha natural de la República hacia mejores formas de asociación.

Sin trastornar la realidad actual, abre dicho proyecto las puertas a la realidad de mañana. En ello están su mejor mérito y su notable superioridad sobre todos los otros planes o proyectos, oficiales o privados, que en materia de enseñanza conozco.

El mismo primer adversario del proyecto en el Congreso Nacional ha tenido la intuición de su bondad y ha tributado al autor el más alto elogio, al dar a entender que los discursos del señor González Rucavado eran discursos para la exportación y para la historia (que es exportación en el tiempo). Las glorias sin fronteras, las glorias durables, son, en efecto, de los que saben *exportar* el pensamiento, en el espacio y en el tiempo.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

(1) 1846-1848.

CUESTIONES CIENTÍFICAS

LA ÚLTIMA NOTA

En algo habían de parar las últimas conmociones sísmicas. El cambio prodigioso del lugar de las tierras, tiene a todo el mundo justamente alarmado.

Gracias a él, ya no necesita uno moverse de aquí para estar en París. Vaya el que quiera a la **7ª Avenida**, número 247, cincuenta varas al Este de la Pulpería de Limón, y se encontrará de buenas a primeras con un **PETIT PARIS**, que es una delicia.

En una casa honorable, abierta sólo a las buenas personas, un chico industrial ha establecido un salón la mar de comfortable y decente, en el cual le son servidos al visitante por manos invisibles como en los cuentos de las mil y una noches:

Café delicioso, del mejor que se produce en esta tierra clásica del aromoso fruto;

Tosteles especialmente fabricados por manos de artista en el ramo;

Helados como nunca se han hecho en Costa Rica, como que son preparados con leche de la famosa y nunca bien ponderada *Patricas* y hielo de la afamada *Fábrica de Cuestemoras*;

Comidas sanas, nutritivas y abundantes, a la hora que se soliciten,

y **Cenas** maravillosas, sólo comparables a la bíblica cena.

Todo a precios económicos.

Si es usted persona honorable y desea encontrar un rinconcito soñado en donde dar expansión a sus gustos sin que ello le cueste la mitad de su sueldo, vaya al **PETIT PARIS**, que no cierra sus puertas hasta la una de la noche. Lleve también a su esposa, a sus hijas y a sus amigas. No hallará allí nada que pueda contrariarlo, y sí mucho que pueda seducirlo.

Bueno, ¿contamos con usted?

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Principe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve á la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Hulleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.

EN PRENSA

En preparación la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano JORGE ISAACS, **MARIA**.

La edición de esta obra á cargo de la «Biblioteca Domenech» será la mejor de cuantas se hayan publicado.

La ilustrará profusamente el celebrado dibujante J. JUNCEDA.

Nerto, Federico Mistral.
Sus hermanas, Henri Lavedan.
El Lunar, Alfredo de Musset.
La Puñalada, Marián Vayreda.
Ansias de Vida, Luis Q. Huertos.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Apuntes de un desconocido.—Las cerezas del cementerio.
El espada Montes.—La voz de las campanas
El dragón de fuego y Fausto que estaban agotadas hacía tiempo.